



Alfonso Signorini

Tan fiera, tan frágil

La vida de Maria Callas

Lumen

Índice

Cubierta
Prólogo
Una ventana al mundo
Tres maestros de excepción
Un pañuelo de encaje
Bienvenida a Grecia
Cinco dracmas y un plato de sopa
La más bella de las criaturas
Una virgen de cuartel
A la conquista de América
Objetivo Metropolitan
La carta Bagarozzy
«Encantada, commendator Meneghini,
Giuseppina, la primera enemiga
Por fin casados
«Acepta el regalo»
La Scala a sus pies
En el mito, como Audrey
A la conquista del Metropolitan
Elsa, amor mío
Toda la culpa es de un griego
La primera crisis
473 rosas de amor
La tragedia está a las puertas
En el «Christina»
Adiós, Titta
La primera Navidad con Omero
El rechazo
Omero, y luego la oscuridad
El último adiós
Proyecto Kennedy

Marilyn y Maria:
Bienvenida a bordo, Jackie
La viuda
Boda a la vista
Un matrimonio maldito
De nuevo con Ari
La venganza de Medea
Un estreno para volver a empezar
Un retorno del pasado
Los últimos instantes de felicidad
Alexander vuela
El principio del fin
Cincuenta años de amor
Crónica de una muerte anunciada
El rey de Skorprios
La vida se escapa
Juntos para siempre
Epílogo
Agradecimientos
Créditos
Notas

A mi madre

*Io sono nata
troppo sensibile troppo
fiera ma troppo fragile.*

De una carta inédita de Maria Callas, escrita a bordo del *Christina*, 12 de junio de 1963.

Prólogo

Milán, lunes 5 de septiembre de 1977

Senza mamma, o bimbo, tu sei morto...

GIACOMO PUCCINI, *Suor Angelica*

Luigi estaba nervioso. Eran las once y cinco y la Signora no había llegado aún. Aquella escena se repetía todos los primeros lunes de mes. Desde hacía diecisiete años. Era su pequeño, gran secreto. Había llevado una vida honrada: durante cuarenta años, para todo el mundo había sido simplemente il Ginetto, el viejo guardián del cementerio de Bruzzano, en la periferia norte de Milán. A Ginetto no le daban miedo los muertos. Le gustaba caminar por los senderos de guijarros entre las tumbas, hablando con ellos en voz alta. Por la noche se quedaba hasta tarde para colocar flores y encender luces, farfullando con convicción que en el mundo «solo había que tener miedo de los vivos». Todos lo tomaban por loco, pero a él no le importaba: en el fondo su vida, excepto dos o tres aventurillas con alguna viuda sin prejuicios, había transcurrido sin grandes sobresaltos. Pasar por extravagante le resultaba incluso cómodo. Sobre todo desde aquel día en que un gran secreto pasó a formar parte de su vida. «Son las once y diez y todavía ni rastro. Nunca ha llegado tarde. Es muy extraño», mascullaba para sus adentros.

Recordaba como si fuese ayer aquella mañana, diecisiete años antes. Era un lunes. El primer lunes de mayo. Hacía frío todavía, el cielo no auguraba nada bueno y Ginetto estaba pegado a la estufilla de su garita leyendo el periódico. Como todos los lunes por la mañana, no tenía nada que hacer: el cementerio estaba cerrado al público. Se estaba casi adormilando, mientras rogaba al buen Dios que no lloviera. Le tocaría cambiar todos los jarrones de flores de

las tumbas, puesto que la gripe había causado estragos entre los guardianes. La perspectiva no le entusiasmaba. De repente, el ruido de un coche, un coche potente. Ginetto no daba crédito a sus ojos. Delante de la verja se hallaba una berlina, de esas que se veían el día de Difuntos en el Monumentale, el cementerio de los ricos: azul, con las cortinillas grises, para proteger la intimidad de los «señores», reluciente como si fuera nueva. No había visto nada igual en su vida.

—¿Es usted el guarda?

Un hombre alto, delgado, vestido con un elegante traje gris, interrumpió bruscamente sus pensamientos.

—Está todo cerrado. Es mejor que vuelvan luego, por la tarde —respondió Ginetto, molesto por aquella intrusión que rompía la monotonía del inicio de la semana.

—Ya lo sabemos. Pero es absolutamente necesario que la Signora visite el cementerio. Esto es por las molestias —dijo el chófer sin alterarse, depositando apresuradamente un sobre en su mano y mirando a su alrededor con aire circunspecto, por miedo a que un ojo indiscreto pudiera contemplar aquella escena.

Ginetto abrió rápidamente el sobre: dentro había quinientas mil liras en efectivo. Una barbaridad. Nunca había visto tanto dinero junto. Contando las propinas, lo que podía sisar de las luces y el sueldo del ayuntamiento, a duras penas conseguía reunir ciento ochenta mil liras a final de mes. Aquel hombre le ofrecía el sueldo de tres meses. Y ni siquiera tendría que pagar impuestos. Seguía contando, incrédulo aún ante tanta generosidad, cuando el anónimo chófer le interrumpió de nuevo.

—¿Y bien? ¿Podemos entrar? Si es capaz de guardar este secreto, nos verá llegar todos los primeros lunes de mes a las once de la mañana. Le garantizamos esta cantidad a cambio de la más absoluta discreción. Ni una sola palabra a nadie. ¿Acepta?

Ginetto echó cuentas: su vida cambiaría radicalmente. El pleno de las quinielas con el que siempre había soñado. ¿No era honrado? Bah, en el fondo no robaba nada a nadie. Solo se limitaba a

complacer a una desconocida Signora. Sin pensarlo dos veces, abrió la pesada verja del cementerio.

—Les acompaño. ¿Adónde quieren ir? Esto es como mi casa — propuso.

—No se preocupe. La Signora sabe adónde ir.

Le hubiera gustado darle las gracias a la Signora, pero una cortinilla gris la ocultaba del resto del mundo. Y así durante diecisiete años. Todos los meses. Puntual como un reloj suizo, la berlina azul llegaba a las once. La ventanilla bajaba automáticamente, la mano del chófer alargaba el sobre, Ginetto lo deslizaba furtivamente en el bolsillo sintiéndose un ladrón, aunque por pocos segundos, y luego cerraba de nuevo aquella dichosa verja una media hora más tarde, cuando el coche salía zumbando dejando tras de sí una gran polvareda.

Aquellas cortinillas grises nunca se habían descornado. Hubiera dado cualquier cosa por saber quién se ocultaba en aquel coche. Pero los pactos habían sido claros. Ninguna pregunta. Ni la más mínima muestra de curiosidad. Y hasta entonces había valido la pena. En pocos años había ahorrado un buen picho. Nadie compartía su secreto, ni su mujer Stefania ni sus tres hijos. El dinero estaba oculto en una pequeña sucursal del Banco di Lugano, adonde se dirigía todos los meses diciéndole a Stefania que iba a Suiza a comprar cubitos de caldo y chocolate. Y cuando el dolor de huesos fuera insoportable, diría adiós a todos y volaría al Caribe, como hacían Mike Bongiorno y las gemelas Kessler. Lo había leído en *Gente*.

«Son casi las once y media. ¿Qué habrá ocurrido?» Ginetto empezaba a preocuparse de verdad. En todos aquellos años, la Signora nunca había faltado a su cita.

Era un hermoso día de septiembre, cálido, luminoso. El cielo límpido y una ligera brisa hacían incluso agradable la hilera de cipreses.

«Este cementerio es un verdadero paraíso...», pensaba él.

De repente, el ruido de la berlina. Ginetto suspiró aliviado. Aquel mes también tenía asegurados los ingresos.

—Disculpe el retraso, Luigi. La Signora lo siente muchísimo. No volverá a suceder —dijo el chófer, mientras sacaba el sobre por la ventanilla.

«No volverá a suceder... No volverá a suceder... No volverá a suceder»: aquellas palabras se insinuaban machaconas entre los pensamientos de Maria. Sonaban como un terrible presagio en su cerebro, exhausto a causa de interminables noches de insomnio. «No volverá a suceder...»

—Señora, hemos llegado —dijo Ferruccio abriendo la puerta del coche.

Aquella mañana Maria acudía a la cita elegantísima, como siempre. Una camisa de seda de Hermès con dibujo de cachemir color crema, pantalones marrones anchos y un ligerísimo echarpe de cachemir para proteger la garganta. Aunque ya no había nada que proteger, porque hacía tiempo que la voz había desaparecido.

—Espérame aquí, Ferruccio.

Mientras descendía lentamente las escaleras del oscuro columbario, agarrada con fuerza al pasamanos por temor a caerse debido a sus repentinos mareos, Maria se preguntaba qué diría el mundo si lo supiera. Si supiera que ella, la divina, la celebrada Maria Callas, se encontraba en un cementerio en las afueras de Milán una mañana cualquiera de septiembre. Estaba cansada de hacerse preguntas. Estaba cansada de interrogarse sobre qué pensaba el mundo de ella. En el fondo solo se encontraba bien allí dentro, entre aquellas interminables hileras de celdillas, en medio de aquellos rostros anónimos, que la miraban sin expresión, sin pretender averiguar nada de ella. Solo los muertos no le pesaban en el alma.

«Aquí estoy, pequeño mío. Juntos de nuevo, Omero. Completamente solos los dos y afuera el mundo, como canta madame Butterfly a Pinkerton.»

Maria lloraba, como hacía siempre. Dejaba que las lágrimas se deslizasen por sus mejillas excavadas por la soledad. Detrás de aquella fotografía de un recién nacido muerto, detrás de aquel

nombre, Omero, grabado en el mármol con letras de oro, se ocultaba una parte de su vida. Un secreto. Su hijo.

Sí, aquel hijo que se había visto obligada a ocultar a los ojos del mundo; aquel hijo que había hecho enterrar a escondidas en un rincón remoto de Milán, como si tuviera que avergonzarse de él. Aquel hijo al que no había podido abrazar ni una sola vez debido a la crueldad de su padre, Aristóteles Onassis. El hombre al que había amado perdidamente, el hombre que le había hecho olvidar que era la Callas. Mientras sacudía el polvo de la lápida con el pañuelo de encaje del que nunca se separaba, Maria repetía como una cantilena su canción de cuna: «Se solo fossi qui ad abbracciare la tua mamma. La tua mamma così sola... Ah, dimmi quando potrò vederti in cielo».* Había cantado muchas veces esa romanza de *Suor Angelica* de Puccini y en cada ocasión le faltaba el aliento. Solo en aquel largo pasillo del cementerio de Bruzzano centenares de marcos, de rostros sin vida tenían el privilegio de escuchar aquella voz. Desplegada con toda su potencia, exactamente como antes. Solo Omero era capaz de hacer aquel milagro. Solo delante de la lápida de aquel montoncito de huesos Maria volvía a ser la Callas, la madre, la mujer.

El sonido del claxon la devolvió bruscamente a la realidad. Y la herida se reabrió. De nuevo aquel sonido, que resonaba en el largo columbario, la separaría de Omero, el único amor verdadero de su vida. De repente afloró de nuevo la cantilena que le martilleaba el cerebro: «No volverá a suceder... No volverá a suceder... No volverá a suceder...». De pronto, aquellos rostros enmarcados de los muertos cobraban vida. Omero también abría repentinamente los ojos: y en su mirada no había amor. Tan solo el reproche por el abandono. Maria no podía seguir soportándolo. Y como siempre, como cada primer lunes de mes, corría gritando toda su locura, y sus gritos resonaban terribles en aquel largo pasillo de mudas presencias. Lo único que deseaba era salir de allí cuanto antes. Lo único que deseaba era aislarse del mundo.

—Ferruccio, a París. A París —gritó histérica al entrar en el coche,

mientras se metía en la boca tres o cuatro somníferos con sus largos dedos, delgados y temblorosos.

Poco a poco se calmaría, todo habría pasado. El sopor invadiría de nuevo su cuerpo. Gotas de sudor helado perlaban su frente. Maria sacó del bolso el pequeño pañuelo de encaje con el que minutos antes había acariciado el rostro de su pequeño Omero. Se secó. Inmediatamente la invadió el olor de aquel perfume inconfundible. La fiel Bruna, su asistente, solía verter todas las mañanas unas gotas de Roger&Gallet en aquel pañuelo de encaje. Aquel perfume, que tanto le gustaba a Maria, fue suficiente para regalarle un poco de tranquilidad. Cerró los ojos y dejó vagar la mente. Pronto desaparecería también para siempre aquella última voz, tan débil, que tanto costaba expulsar de su mente enferma: «No volverá a suceder... No volverá a suceder... No volverá a suceder...».

Una ventana al mundo

Nueva York, martes 29 de octubre de 1929

No volverá a suceder. ¿Has entendido? Mamá Litsa no había acabado aún de desahogar toda su rabia contra aquel engendro de hija cuando Maria ya había desaparecido. Aquella tarde también había dado un portazo y había salido corriendo a la calle, en Washington Heights, a calmar su rabia. No tenía todavía seis años, pero ya sabía lo que se hacía. Las calles de Nueva York no le daban miedo y eran un paraíso frente a las lamentaciones de su madre Litsa. Y además todo estaba calculado: cinco minutos de carrera, con los puños apretados, sin mirar a nadie, dos semáforos y llegaría a la botica de papá, donde los perfumes de las hierbas medicinales se mezclaban con los del ácido fénico y del tabaco. Qué tranquilidad. Aquella era su verdadera casa: sin los gritos de su madre, sin los caprichos y los aires de princesa de su hermana Jackie, que parecía divertirse haciéndola sentir la Cenicienta de la casa. Allí era la reina, mimada por todos: por los clientes de la botica, la mayoría inmigrantes griegos, que abarrotaban aquella pequeña farmacia porque solo se fiaban de los consejos de tata Geo, como todo el mundo llamaba a su padre. George Callas siempre tenía una palabra amable y un buen remedio para todos: un poco mago, un poco médico, un poco confesor, era un hombre de buen corazón que no perdía nunca la paciencia, con sus modales educados, su aire señorial y su bigote fino y bien cuidado que a tantas mujeres enamoraba.

Maria amaba con locura a su padre: le gustaba arrojarse a sus brazos, le gustaba respirar su perfume Roger&Gallet. Lo usaba con moderación, apenas unas gotas por la mañana después de afeitarse,

pero era su marca inconfundible. Cuando estaba ocupado con algún proveedor, Maria cogía a escondidas el frasco de la estantería y se ponía unas gotas en el pañuelo. De este modo le parecía que siempre tenía a su padre al lado: cuando respiraba con fuerza aquel perfume se le olvidaban todos los miedos, incluso los gritos incesantes de mamá Litsa se desvanecían.

—¿Qué pasa, Mary? Me apuesto lo que sea a que es otra vez mamá.

Acababa de llegar a la botica y ya había leído en su interior. A papá no hacía falta darle explicaciones. Tenía el don de leerle en la cara todos sus pensamientos.

—La odio, no puedo más, papá. En toda la mañana no ha parado de decir gritando que estoy gorda como un cordero. Que al lado de mi hermana Jackie parezco una vaca. Que no tengo amigos porque soy fea y que cuando crezca tampoco encontraré novio, porque nadie me querrá. Y dice que tengo muy mal carácter, como tú. No puedo más.

Maria no podía contener su ira. No lloraba, le costaba mucho. Pero cada vez que mamá Litsa la comparaba con su padre en sentido negativo se sentía como un animalito herido. Sus ojos grandes y negros se volvían de pronto lagos profundos y transformaban a aquella niña rolliza de largas trenzas negras en una pequeña adulta afligida.

—Y además me ha dicho que su padre era un general y que su tío abuelo era el médico personal del rey de Grecia...

—Y ha acabado despotricando contra el destino que la llevó a casarse con un fracasado del Peloponeso, ¡con ese desgraciado farmacéutico de Meligala que es tu papá! —concluyó Geo con una sonora risotada.

—Exacto, eso es lo que ha dicho. Pero no me importa, porque ella no entiende nada. Tú eres mi papá y yo te quiero. —Sonrió Maria.

—Sí, pero para hacer enfadar tanto a mamá, algo habrás hecho tú también.

—Lo único que he hecho es mandar al diablo a nuestra vecina, Raynes. Estábamos comiendo, ya sabes que mamá quiere que esperemos a que Jackie llegue de la escuela. Acababa de servir la moussaka, cuando llega la vecina a pedir una aguja e hilo de coser. Mamá, como de costumbre, ha corrido a buscarlo: no lo entiendo, pero en cuanto esa señora le pide algo, se desvive por complacerla. Con nosotros no lo hace nunca. Así que, mientras ella no estaba, le he dicho a Raynes que se fuera a comprar la aguja y el hilo y nos dejara comer en paz. Nunca había visto a mamá tan enfadada. Me ha dicho cosas terribles delante de todos. No he podido aguantar más y me he escapado hasta aquí. Pero tú me quieres, ¿verdad? ¿Me defenderás de los malos?

Maria sabía cómo conquistar a su tata Geo: aún no tenía seis años, pero conocía ya muy bien las artes de la seducción y de la adulación.

—¿Sabes qué te digo? Que te perdono solo si cantas para tu papá la canción que te ha enseñado Rosalinda.

Rosalinda era la empleada de la botica, una espléndida muchacha de Asunción que dos veces por semana ayudaba al señor Callas en el negocio para completar el escaso sueldo de su marido, jefe de camareros en el hotel Plaza.

«Mantente lejos de esa zorra. Solo un imbécil como tu padre puede estar idiotizado por una mujerzuela como esa», le repetía sin cesar mamá Litsa. Maria, testaruda, hacía lo que quería, y Rosalinda acabó convirtiéndose en una de sus mejores amigas. Le gustaba escuchar sus historias: de cómo, de niña, ayudaba a su madre en el trabajo en una hacienda apartada en el campo de Paraguay, de la maldad de la dueña de la casa, o de cuando, con apenas quince años, se enamoró perdidamente del que luego se convertiría en su marido y huyó a Nueva York con él.

Fue precisamente Rosalinda la primera en darse cuenta, día tras día, de la voz extraña de aquella niña huraña. La sentaba sobre sus rodillas y la invitaba a cantar con ella su canción preferida, «La paloma».

«Una paloma blanca...» Cuando Maria empezaba a cantar, toda la botica enmudecía. La niña se ponía en pie, se colocaba en el centro de la botica y cantaba dulcemente a la vez que imitaba con los brazos el vuelo libre y despreocupado de la paloma blanca. Volaba y cantaba, olvidada de todo. Y al final de la canción seguía con los ojos a aquel espíritu libre del cielo, saludando con un rápido movimiento de la mano su elegante vuelo. Y así conquistaba el aplauso de todos.

Pero esa tarde algo no funcionaba. Y, sin embargo, Maria había cantado mejor que nunca. Su exhibición de ese día no había ido acompañada de aplausos. En el establecimiento no se veía ni la sombra de un cliente. En realidad, desde hacía unos días en casa tampoco se hablaba de otra cosa: desde que el jueves anterior se había hundido la Bolsa de Nueva York, los clientes habían desaparecido. Mamá Litsa había sido la primera en señalarlo. Pero papá George enseguida le había quitado importancia: «Tonterías. Con Bolsa o sin Bolsa, la gente seguirá enfermando. No hay nada que temer». Pero lo cierto es que durante todo el fin de semana hasta aquel martes, papá no había llevado a casa ni un mísero dólar.

En casa la tensión podía cortarse con un cuchillo: Litsa y Jackie no hacían otra cosa que hablar de la situación, de toda la gente que se había matado presa de la desesperación y de la miseria más negra. Un destino atroz que antes o después también acabaría afectándoles, estaban seguras. Pero Maria no quería escuchar. Prefería no pensar en la realidad, en el futuro. Había aprendido que la mejor manera de resolver los problemas era no pensar en ellos. Se quedaba pegada a la radio para escuchar a la famosa cantante Rosa Ponselle, que actuaba en el Metropolitan de Nueva York: le gustaba mucho la historia de una princesa etíope llamada Aida, obligada por la guerra a convertirse en la esclava de Amneris, hija de un faraón, y perdidamente enamorada de un caudillo egipcio, enemigo de su pueblo.

Algún día ella también sería una princesa, lo sabía, y viviría la más hermosa historia de amor que pudiera vivir una princesa. Su enamo-